

ANA DIOSDADO

Usted también podrá disfrutar de ella

fundación sgae

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de estas obras ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ellas dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de estas obras, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

ANA DIOSDADO

Usted también podrá disfrutar de ella

Primera edición, 2015

© De *Usted también podrá disfrutar de ella*: Ana Diosdado

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2015

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Híjes

Maquetación y procesos digitales de edición: bolchiroservicios.com

Corrección: Susana Pulido. Logotipo de la colección: Francisco Nieva

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-869-3

ISBN electrónico: 978-84-8048-870-9

D L: M-26728-2015

Prólogo

Ofrecer al lector este trabajo de Ana Diosdado es para nosotros, por un lado, motivo de gran orgullo, pues se recupera aquí una de sus piezas seminales. Sin embargo, también nos produce una inmensa tristeza, pues nos hubiera gustado compartir con la autora la alegría de ver publicado de nuevo este texto. Nos consuela, si es que eso fuera posible en alguna medida, el hecho de que Ana estuvo muy ilusionada con este libro y que, en sus últimas semanas de vida, tuvo sobradas energías para revisar las últimas correcciones y ver la propuesta de cubierta.

En cualquier caso, y por encima del orgullo y la tristeza, estos días nos invade un sentimiento de profunda gratitud hacia nuestra compañera Ana Diosdado. Cualquier lector que esté mínimamente familiarizado con el trabajo de Ana sabrá que el compromiso y la participación fueron dos constantes que definieron tanto su vida como su obra, si es que acaso cabe establecer límites entre ambos conceptos. En este sentido, no podemos recordar más que con gratitud el hecho de que se pusiera a disposición de la Sociedad General de Autores y Editores para presidirla entre 2001 y 2007 y, por supuesto, agradecerle que en las dos últimas legislaturas se presentara a las elecciones de la Junta Directiva, siendo elegida en ambas ocasiones y que se ofreciera, ya a comienzos de 2015, a incorporarse al Patronato de nuestra fundación, la Fundación SGAE.

Fueron estos años momentos difíciles para Ana. Sin embargo, frente a la enfermedad, ella siguió escribiendo (finalizó *El cielo que me tienes prometido*, obra que versa sobre el encuentro de santa Teresa de Jesús con la princesa de Éboli, y pudo verla estrenada y representada en diferentes ciudades y festivales españoles, entre ellos el Festival de Almagro) y participando activamente en los órganos de gobierno de la SGAE. En diciembre de 2014 fue investida

doctora *honoris causa* por la Universidad de Alcalá de Henares. Un año antes, en 2013, recibió el premio Max de Honor otorgado por la Fundación SGAE, y fue por esa razón por la que se le solicitó que eligiera una obra suya para incluirla en el XVIII Ciclo de Lecturas Dramatizadas de 2014 de nuestra fundación. Ana apenas dudó y propuso con determinación la obra que ahora tienen entre sus manos. Ella misma se involucró incluso en la dirección de la lectura dramatizada. En declaraciones a la agencia EFE, afirmó que esta obra, estrenada en 1973, “sigue vigente porque los temas que toca, por desgracia, se repiten” y resumió su eje central en “cómo la utilización del individuo por el sistema puede acabar con una persona”. Una crítica, adelantada a su tiempo, procedente del profundo humanismo que caracterizaba a nuestra querida Ana, que, lamentablemente, sigue siendo necesaria. De nuevo, gracias por tu certera visión de lo que nos rodea.

Estamos seguros de que Ana y su trabajo seguirán entre nosotros durante muchísimo tiempo y nos gustaría que este humilde libro fuera una muestra más de la inmensa admiración que sentimos hacia ella.

Muchas gracias, Ana.

José Luis ACOSTA
Presidente de la SGAE

Manuel AGUILAR
Presidente de la Fundación SGAE

Usted también podrá disfrutar de ella

*Estrenada en el Teatro Infanta Beatriz de Madrid
el 20 de septiembre de 1973 con el siguiente*

Reparto

JAVIER	Fernando Guillén
CELIA	Mercedes Sampietro
MANOLO	Emilio Gutiérrez Caba
FANNY	María José Goyanes
EL HOMBRE DE LA CALLE (FORENSE, ENTRENA, VECINO, CONSERJE, PUBLICISTA)	Luis Peña
DIRECCIÓN	José Antonio Páramo

En diciembre de 2014, Ana Diosdado dirigió la lectura de “Usted también podrá disfrutar de ella”. Tuvo lugar en la sala Berlanga de Madrid, en el marco del XVIII Ciclo SGAE de Lecturas Dramatizadas con el siguiente

Reparto

JAVIER	Juan Gea
CELIA	María José Goyanes
MANOLO	Raúl Peña
FANNY	Cristina Goyanes
EL HOMBRE DE LA CALLE (FORENSE, ENTRENA, VECINO, CONSERJE, PUBLICISTA)	Emilio Gutiérrez Caba

Acto primero

Los elementos empleados en la escenografía serán los absolutamente indispensables, eliminándose incluso aquellos que puedan ser sugeridos al espectador sin necesidad de materializarlos. La representación empieza a telón cerrado. No un telón habitual, sino un telón publicitario en el que se verá, inmensa, la fotografía de una joven desnuda sobre la que cae, cubriendola en parte, una lluvia de rosas. Como eslogan, "Usted también podrá disfrutar de ella". Al empezar el acto, sube lentamente el telón publicitario sobre el escenario a oscuras.

Por el patio de butacas, o por un camino anexionado al escenario desde un palco, aparece Javier: treinta y tantos años, un cierto aire vencido. Se acerca, con aspecto cansado, hasta lo que pueda sugerir una mesa y su correspondiente asiento. En la mesa, una máquina de escribir, un teléfono, un magnetófono.

Javier se sienta, enciende un cigarrillo, mete un folio en su máquina. Con aire dubitativo, como si no supiera muy bien qué poner, empieza a teclear despacio.

Suena el teléfono.

JAVIER.— (Seco, malhumorado) ¿Sí? (...) Hola, ¿qué hay? (...) Claro, acabo de llegar. Con ella, con la chica. (Levantando la voz) Digo que con la chica! (...) Pues sí, hasta hoy, hasta ahora mismo. (Mira su reloj) Vamos, hasta hace media hora, lo que he tardado en venir. (...) Esencialmente, hablar. (...) ¡Hablar! Oye, ¿por qué no te pones el teléfono en la otra oreja? (...) Ocho días hablando, sí. (...) Claro que la tengo, estaba empezando a escribirla. (Impaciente) Exactamente. Nada más llegar me he puesto al trabajo. ¿A que te gusta? ¿A que te caigo bien? Preciosa me va a quedar, todas tus amas

de casa se van a morir de gusto en la peluquería. (...) ¡Peluquería! ¿No es en la peluquería donde nos leen? (...) Optimista no, yo diría que estoy hasta el gorro. (...) ¡El gorro! (...) Montañas de fotos. No, las hizo Manolo. Balaguer tenía una condesa. (...) Todos los muslos del mundo y todas las caras de idiota, te van a encantar. (...) Te dije el jueves, ¿no? Pues mañana mismo lo tienes ahí. (...) Entrena. (...) Perdona, estoy nervioso. (...) Hasta mañana.

Javier cuelga el teléfono. Sólo entonces se da cuenta de que desde hace unos momentos hay alguien más en la habitación, observándole. Es Celia, que está en pijama, y con aspecto de acabar de levantarse de la cama. Tiene unos treinta años, es bonita. Trata a Javier con mucho cariño, pero con un toque protector maternal, absorbente. Él le habla en el tono distraído de quien tiene el pensamiento en otra parte.

JAVIER.— Y tú ¿qué haces ahí?

CELIA.— Vivo aquí, no sé si te acuerdas.

JAVIER.— Digo que qué haces ahí, levantada, a estas horas.

CELIA.— (Sonriendo) Contemplo el paisaje.

JAVIER.— Lo tienes muy visto.

CELIA.— Eso sí. Y es un poco árido, además. Pero a mí me gusta.

JAVIER.— Muy amable.

CELIA.— No hay por qué darlas.

JAVIER.— No pega.

CELIA.— ¿El qué?

JAVIER.— He dicho “muy amable”, no “muchas gracias”.

CELIA.— ¿Estás bien?

JAVIER.— Sí.

CELIA.— No parece... Son las cuatro de la mañana; ¿no piensas dormir?

JAVIER.— No puedo. Tengo que escribir la maravillosa entrevista de la maravillosa muchachita.

CELIA.— ¿Ahora?

JAVIER.— Entrena la quiere antes de las nueve.

CELIA.— Sí. No ha dejado de llamar estos días atrás. Y hoy me ha tenido frita desde por la mañana.

Celia espera unos instantes por si él dice algo más, pero está pendiente de la máquina, donde sigue escribiendo con un dedo, muy despacio, como poco convencido.

(Atacando de nuevo, en tono jovial) ¿Y un cafelito? Un buen café contra el mal café, ¿eh?

JAVIER.— ¿Por qué no te vas a la cama?

CELIA.— ¿Por qué no dejas que mi vida me la organice yo?

JAVIER.— ¿Por qué no dejas de jugar al alma buena?

CELIA.— ¿El qué?

JAVIER.— Lo que estás pensando.

CELIA.— Estaba pensando si querrías un café.

JAVIER.— (Renunciando) De acuerdo. (Se decide por fin a mirarla)
Celia, ¿qué hace uno cuando está harto de todo?

CELIA.— (Con toda normalidad, tras una pausa casi imperceptible) Se pega un tiro.

JAVIER.— (En el mismo tono que ella) Es muy difícil. Hay que tener con qué.

CELIA.— Se abre las venas.

JAVIER.— Da mucho asco.

CELIA.— Y mucha grima.

JAVIER.— También.

CELIA.— Pues se toma uno unas pastillas.

JAVIER.— Es peligroso; en la mayoría de los casos consiguen salvarte.

CELIA.— ¿Y qué más quieres? Tú quedas bien y sin morirte. ¿Tan mal te ha dejado?

JAVIER.— ¿El qué?

CELIA.— La maravillosa muchachita.

JAVIER.— No sé por qué dices “la maravillosa muchachita”, y además en ese tono.

CELIA.— Lo has dicho tú mismo, hace un momento.

JAVIER.— Yo soy un imbécil.

CELIA.— ¿Te puedo hacer una pregunta un poco incisiva?

Javier vuelve a interesarse súbitamente por su máquina.

JAVIER.— Prefiero el café.

CELIA.— *(Sonriendo)* Sí, señor.

Celia desaparece por un lateral. Javier, después de dudar todavía un momento frente a la página que tiene delante, es interrumpido por Celia cuando vuelve a entrar con los utensilios necesarios para el café.

¿Puedo hacerla ahora?

JAVIER.— *(Abstraído)* ¿El qué?

CELIA.— La pregunta incisiva.

JAVIER.— Estuve preparando la entrevista. Esa que pienso escribir esta noche, si tú me dejas. ¿Era eso?

CELIA.— ¿Qué entiendes por “preparando”?

JAVIER.— *(Irónico)* Más o menos lo de siempre. Hacer preguntas, tomar notas..., ya sabes.

CELIA.— ¿Durante ocho días sin interrupción?

JAVIER.— Exactamente.

CELIA.— Te va a salir la mejor entrevista de tu vida.

JAVIER.— No creas, ni siquiera sé cómo empezarla.

JAVIER.— Gracias.

CELIA.— ¿Por?

JAVIER.— No es la primera vez que me haces notar que soy un fra-
caso, pero hoy te lo agradezco.

CELIA.— (No queriendo tomárselo en serio) ¡Uuuy! Verdaderamente
no has vuelto nada simpático... (Se dispone a salir) Por cierto, ¿has
sido simpático alguna vez con alguien?

JAVIER.— (Intentando ponerse a tono) Soy encantador, pero no
ejerzo.

Sale Celia. Javier vuelve a borrar y se detiene, da unas caladas a su cigarrillo sin dejar de mirar la hoja de papel, como meditando.

*Mientras tanto, las luces enfocan el espacio destinado a represen-
tar el apartamento de Fanny.*

Javier reanuda su trabajo.

Fanny se dirige a abrir una puerta inexistente. Tras la supuesta puerta, cargado de aparatos fotográficos, aparece Manolo, que tiende su mano a Fanny. Manolo tiene unos veintiséis o veintisiete años, y es muy simpático. Lo sabe y lo explota. Fanny es la misma muchacha que aparecía en el anuncio publicitario. Tiene alrededor de veinte años, menos belleza que en la fotografía y mucho más encanto.

MANOLO.— Hola. Soy Manolo Alonso, de *Para ti, mujer*.

FANNY.— Sí, ya sé, pasa.

MANOLO.— Perdona que te hayamos hecho esperar, pero es que...

FANNY.— (*Interrumpiéndole*) Es igual, no te preocupes. Pasa.

MANOLO.— Primero tendríamos que sacar a ése del ascensor.

FANNY.— ¿A quién?

MANOLO.— A Gómez Villar. El que te va a preguntar las impertinencias. Se ha quedado colgado.

FANNY.— Y tú ¿cómo has salido?

MANOLO.— (*Divertido*) No he salido. Yo acabo de llegar y he tenido que subir andando. Por lo visto, lleva ya un buen rato ahí metido.

FANNY.— Pobre. ¿No tendrá claustrofobia?

MANOLO.— (*Divertido*) Me temo que sí. Cuando llegué, estaba dando patadas contra la puerta. Gritar no grita, pero debe de ser por vergüenza.

FANNY.— (*Decidida*) Voy a llamar al conserje.

MANOLO.— No te molestes, en la portería no hay nadie.

FANNY.— Lo que no hay es portería, el conserje no vive en este bloque. Pero tengo su teléfono. Pasa.

Fanny va a buscar una libreta de teléfonos en la que consulta el número.

MANOLO.— Entonces, ¿dónde he estado llamando yo?

FANNY.— En el bajo. No está habitado.

MANOLO.— También es casualidad.

FANNY.— No creas. Están deshabitados casi todos, y en verano no queda nadie. (Encuentra el número) Aquí está. (Por Javier) Dile que tenga un poco de paciencia, que enseguida lo sacamos.

MANOLO.— (Dejando sus bártulos antes de salir) Voy.

FANNY.— ¿En qué piso está?

MANOLO.— Entre el de abajo y éste. ¿No le has oído?

Sale Manolo por un lateral. Fanny va hacia el teléfono, el mismo que ha utilizado Javier, y marca un número.

Junto a Javier aparece de nuevo Celia con la cafetera.

CELIA.— Oye, lo de estar hasta el gorro, ¿lo has dicho por mí, por un casual?

JAVIER.— (Cansado) ¿Me vas a dejar trabajar, Celia, por favor?

CELIA.— ¿Lo has dicho por mí, sí o no?

JAVIER.— (Resignándose) ¿El qué?

Celia sirve café en la taza de Javier.

CELIA.— Eso que has dicho de que estabas hasta el gorro.

JAVIER.— ¿Cuándo lo he dicho?

CELIA.— Antes. Por teléfono.

JAVIER.— Estaba hablando con Entrena de cosas de trabajo. ¿Por qué iba a hablar de ti?

CELIA.— No sé, pero ¿lo estás?

JAVIER.— ¿Estoy qué?

CELIA.— Harto. Te estoy preguntando si estás harto.

JAVIER.— ¿A las cuatro de la mañana? ¿Se te ocurre hacerme preguntas esotéricas de orden sentimental a las cuatro de la mañana?

CELIA.— (Echándose a reír) ¿Se me ocurre qué?

Fanny, impaciente, cuelga el teléfono. Vuelve a marcar y espera.

JAVIER.— No estoy harto...

CELIA.— Bueno, es consolador... Pero hubiera agradecido un poco más de entusiasmo, un cierto... ¿cómo te diría?, un cierto reconocimiento por los servicios prestados, al menos. Van a ser ya seis años, ¿no? (Siempre en broma, como dándose cuenta de repente) ¡Seis años! Realmente es mucho tiempo. ¿No crees que deberíamos ir pensando en dejarlo?

JAVIER.— (Mirándola directamente y dándole mucha importancia a la respuesta) Sí.

Exactamente en ese momento, Fanny, cansada de que no le contesten, cuelga el teléfono y sale apresuradamente por la puerta de su apartamento dando un portazo.

Entre Celia y Javier se produce una pequeña pausa.

Celia mira a Javier sin reaccionar aún, y él le sostiene la mirada, decidido.

CELIA.— (Sonriendo con cierta vacilación) Tengo la impresión de que lo has dicho en serio.

JAVIER.— Lo he dicho en serio, Celia.

Celia intenta quitarle trascendencia al momento.

CELIA.— Vaya... Debí marcharme a dormir a tiempo. (*Va hacia la puerta*)

JAVIER.— Espera...

CELIA.— Déjalo. Hace mucho que se veía venir, ¿no? Es mejor que no digas nada... O sí, dime sólo una cosa. ¿Qué te ha decidido? ¿La muchachita?

Javier la mira unos segundos como si no supiera qué contestar. Por fin asiente.

Enhorabuena. Y suerte con la entrevista.

Javier se pone en pie y hace ademán de ir a detenerla.

JAVIER.— Celia...

CELIA.— Trabaja, anda.

Sale Celia. Javier se queda unos segundos cortado, sin saber qué hacer. Por fin, nervioso, vuelve hacia su máquina de escribir, arranca la hoja del carro, la rompe en varios pedazos y la tira. Mira hacia el teléfono, como dudando si hacer una llamada, pero decide no hacerla. Bruscamente, por hacer algo, enciende otro cigarrillo.

Cada uno por un lateral, vuelven a aparecer Manolo y Fanny.

MANOLO.— (A Fanny) ¿Qué?

FANNY.— Nada, que no contestan. No sé qué podemos hacer.

MANOLO.— Pues, por ejemplo, tomar algo.

FANNY.— (Señalando hacia donde está el ascensor) ¿Y ese pobre?

MANOLO.— Por algún hueco le podremos alcanzar un vaso. Siempre se le hará más llevadero mientras esperamos.

FANNY.— Pero es que el conserje puede no venir hasta por la noche.

MANOLO.— ¿Se te ocurre otra cosa?

FANNY.— No... ¿Qué quieres tomar?

MANOLO.— ¿Qué tienes?

FANNY.— Cerveza, Coca-Cola, esas cosas.

MANOLO.— ¿Y de alcoholito?

FANNY.— Whisky.

MANOLO.— ¿Del bueno?

FANNY.— No está mal.

MANOLO.— Yo me apunto al whisky. Y el emparedado también.

FANNY.— (Preocupada) De comer, no sé si habrá nada.

MANOLO.— Me refería a Javier.

FANNY.— (Haciendo un esfuerzo por sonreír) Ah... Vengo enseguida.

Fanny desaparece de nuevo por el lateral.

Javier apaga enérgicamente el cigarrillo recién encendido y va hacia la puerta por donde salió Celia. Llama suavemente y espera.

JAVIER.— Celia...

Fanny vuelve a aparecer apresuradamente junto a Manolo.

MANOLO.— (Al ascensor) Ahora nos traerán víveres, pequeño. Ten valor.

FANNY.— (Que vuelve justo a tiempo de oír la frase) Sí, estás tú listo. Se ha cerrado la puerta.

MANOLO.— (Alarmado) ¿Qué?

FANNY.— No me di cuenta de que no llevaba llaves.

MANOLO.— ¿No tienes un juego de repuesto en casa de alguien?

FANNY.— En casa del conserje. (Manolo va a decir una barbaridad y Fanny le tapa la boca) No lo digas, déjalo. ¿Y ése?

Manolo golpea la caja del ascensor.

MANOLO.— Javier...

Javier golpea en distinto sitio pero al mismo tiempo que Manolo y que un tercer personaje que acaba de aparecer cruzando el escenario: el Forense, un hombre de mediana edad, de aspecto ponderado, serio, inteligente. Lleva unos papeles en la mano y también golpea una supuesta tercera puerta mientras lee interesado los papeles.

FORENSE.— Enfermera...

JAVIER.— Celia...

MANOLO.— Javier, ¿te has muerto?

FORENSE.— Enfermera...

JAVIER.— Celia, no seas idiota, ábreme. Tengo que hablar contigo... Es importante... Quiero contarte algo.

FORENSE.— *(Al público, como si efectivamente hubiese abierto la puerta alguien)* ¿Está ese muchacho ahí?... Pues que pase a verme en cuanto... llegue.

Se dirige a un rincón del escenario y se sienta, se pone las gafas y sigue examinando más detenidamente los papeles.

JAVIER.— Celia, por favor, necesito hablar con alguien. Escucha...

MANOLO.— Si te has muerto, dilo, para que nos podamos ir.

JAVIER.— *(Desistiendo y dando un último golpe a la puerta)* Anda y que te vayan dando.

Javier regresa, enérgico, hacia su máquina de escribir, en cuyo carro introduce una nueva hoja.

MANOLO.— *(A Fanny)* Ya sabe que estás tú aquí.

FANNY.— *¿Por?*

MANOLO.— Porque si no hubiera dicho algo más gordo... Oye, por cierto, tú hablas un español perfecto.

FANNY.— Gracias. Tú también.

MANOLO.— Pero es que yo soy de aquí.

FANNY.— Y yo.

MANOLO.— ¿Tú no eras yanqui?

FANNY.— Sí, del “Puente Toledo”.

MANOLO.— Pues toda la prensa ha dicho...

FANNY.— La prensa ha dicho muchas estupideces.

MANOLO.— (*Divertido*) Mujer, que la prensa es mi madre.

FANNY.— Pues ya sabes, eres un hijo de...

MANOLO.— (*Tapándole la boca como hizo ella con él*) No lo digas, déjalo.

FANNY.— ¿Sabes lo que deberíamos hacer?

MANOLO.— ¿Qué?

FANNY.— (*Señalando la puerta del ascensor*) Intentar encajar esa rueda. Yo creo que se sale y desconecta algo.

MANOLO.— ¿Y dónde me subo?

FANNY.— (*Haciendo ademán de marcharse*) Te traigo una escalera de casa.

MANOLO.— (*Deteniéndola al vuelo*) ¿De dónde?

FANNY.— Es verdad... Te puedes apoyar con una mano en la pared y...

MANOLO.— ... Y me agarro a la brocha, ¿no?

FANNY.— (*Haciendo cuna con las manos*) Y apoyas un pie aquí.

MANOLO.— (Después de echar un vistazo a lo que le propone Fanny)
Yo tengo una idea mejor.

FANNY.— ¿Cuál?

MANOLO.— (Señalando al ascensor) Abreviar su agonía cortando los cables.

FANNY.— Anda ya.

MANOLO.— (Decidiéndose) Bueno. Y lo que más me va a doler no va a ser romperme la crisma; va a ser morir haciendo el ridículo. Por el cabrío este, además, que no lo merece. (Ya está arriba, apoyándose en la pared y haciendo equilibrios) ¿Qué era lo que había que hacer?

FANNY.— La ruedecita.

MANOLO.— ¿Te puedo hacer una pregunta?

FANNY.— A eso has venido, ¿no?

MANOLO.— No, yo no, yo sólo te voy a retratar.

FANNY.— ¿Qué pregunta?

MANOLO.— ¿Por qué te has negado a conceder entrevistas a todos y le dices que sí a una revista como la nuestra?

FANNY.— (Dudando un momento antes de contestar con una evasiva) ¿Qué quiere decir “como la nuestra”?

MANOLO.— Que es una mierda de revista. Claro que, como no la habrás visto en tu vida, podías dudar.

FANNY.— Me gustó lo que me dijo tu amigo cuando me llamó por teléfono.

MANOLO.— Primer punto: no somos amigos; segundo punto: ¿qué te dijo?

FANNY.— Pues algo así como: “Yo no tengo ningún interés en que me cuentes nada, y ya que sé que tú tampoco tienes ganas de contármelo, pero me piden que te haga una interviú y yo vivo de eso, así que, si me dices que sí, me haces un gran favor”.

MANOLO.— Entrevista, niña, interviú no lo dice ya nadie.

FANNY.— Bueno, pues lo que tú quieras.

MANOLO.— Y seguro que no te dije que le hacías un gran favor.

FANNY.— No sé, algo así.

MANOLO.— Muy suyo. Le gusta jugar al cínico. Y picaste, ¿no?

FANNY.— No piqué nada. Le dije que viniera. ¿Por qué no sois amigos?

MANOLO.— Por la misma razón que no somos obispos ni pelirrojos.

FANNY.— ¿Cuál?

MANOLO.— Que no. Muy bien. Ya está.

FANNY.— ¿Lo has encajado?

MANOLO.— Lo he roto.

FANNY.— ¡Anda!

MANOLO.— (*Saltando al suelo*) Bueno, me voy a comprar unas botellas de algo al bar de enfrente. ¿Hay algún bar enfrente?

FANNY.— En la esquina.

MANOLO.— ¿Ves? La bondad de Dios es infinita. ¿Qué quieres que te traiga?

FANNY.— Cualquier cosa, pero heladita.

MANOLO.— Vuelvo enseguida.

Sale Manolo.

Al mismo tiempo, Javier hace una pausa en su trabajo y bebe un sorbo de café, pensando en cómo seguir.

Fanny, al quedarse sola, se sienta en el suelo, cerca del ascensor, y da unos golpecitos. La única separación entre Javier y Fanny será que se hallan en diferentes planos de altura.

FANNY.— (*Muy alto*) Oye, si tienes ganas de hablar con alguien, hablemos de lo que quieras, y si no me callo, pero estoy aquí, ¿sabes? Quiero decir... Eso, que no estás solo.

Javier deja la máquina de escribir y gira sobre sí mismo hacia donde le llega la voz de Fanny.

JAVIER.— Hola. Eres Fanny, ¿verdad? Fanny Román.

FANNY.— Sí.

JAVIER.— Ah... Es bonito.

FANNY.— ¿El qué? ¿El nombre? En realidad me llamo Francisca. Francisca Gómez Román. Tú también te llamas Gómez, ¿no?